

Extramuros

REVISTA LITERARIA

SUPLEMENTOS ESPECIALES

nº7



HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE

En el centenario de su nacimiento

OCTUBRE **Nº11-12** AÑO III 1998

Vicente Aleixandre y Gabriel Celaya: dos poetas encontrados

ANTONIO CHICHARRO

TODAS las ocasiones son propicias para hablar de **Vicente Aleixandre**. Pero ésta, en que celebramos el primer centenario del nacimiento de este poeta cósmico, cordial y solidario, lo es especialmente, pues conviene, dada la altura y calado tanto de su poesía como de su persona, arrastrar la memoria de su nombre y de su obra, sentarse a su paradisiaca sombra verbal, y así celebrar el hecho no menor para nuestra cultura de su nacimiento. Por otra parte, es mucho lo que puede decirse a propósito de su obra y no son pocas las *resistencias* que ha de vencer la crítica, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre la misma.

En cualquier caso, voy a ocuparme ahora de un encuentro entre poetas, poniendo especial atención en un texto no poético que **Aleixandre** publicó en los años cincuenta, formando parte de su libro *Los encuentros* (Madrid, Guadarrama, 1958), un texto cuya lectura me resultó muy beneficiosa cuando empezaba a trabajar sobre la obra ensayística de otro poeta no menos cósmico, cordial y solidario, un poeta que también abrió las puertas de su casa de par en par -Velintonia, 3, y Nieremberg, 21, se mantuvieron abiertas para la poesía y para la política en una España cerrada a cal y canto-, llegando a coincidir prácticamente ambos en la bisagra de las décadas de los cuarenta y cincuenta en la formulación de la expansiva concepción de la poesía como comunicación que tanto forzado revuelo provocó en manos de los jóvenes barrales de los cincuenta. Me refiero, como el lector ya sabe, a **Gabriel Celaya**. Pues bien, "Gabriel Celaya, dentro y fuera" es el título que puso **Vicente Aleixandre** a unas penetrantes páginas que el propio poeta vasco volvió a utilizar, poniéndolas al frente, como prólogo, de sus *Poesías Completas* (Madrid, Aguilar, 1969), pues tanto le llegaron a satisfacer. Este texto y los publicados por **Celaya** sobre **Aleixandre** y *con Aleixandre* nos hablan por sí mismos de un mutuo afecto y de una continuada atención lectora, convirtiendo a ambos en dos poetas positivamente encontrados, esto es, encontrados en el universo de la poesía y convenidos en los afectos, aparte, claro está, de que ambos constituyeran dos generosos -en este aspecto también hay coincidencias- puntos de referencia para los jóvenes poetas de nuestro país y de que los dos hubieran iniciado sus trayectorias poéticas arrancando del surrealismo para ir calándose del flujo rehumanizador que se intensifica en la postguerra.

En las no tan frecuentes, como me hubiera gustado, conversaciones que tuve la oportunidad de mantener con **Gabriel Celaya**, el nombre de **Vicente Aleixandre** acababa saltando con frecuencia al espacio común de nuestro diálogo por una u otra razón literaria o extraliteraria. Recuerdo que contaba una vez los tan continuados como infructuosos esfuerzos que había hecho en cierto momento para atraer al autor de *Sombra del paraíso* al seno del Partido Comunista, partido que por entonces soportaba el peso de la oposición al franquismo y en el que muy activamente militaba el autor de *Cantos iberos*. El ejemplo civil de

Vicente Aleixandre y el camino poético que ensayaba su libro *Historia del corazón*, de 1954, camino sembrado de huellas humanas y recorrido por una brisa de solidaridad colectiva que explica, por poner un solo caso, el poema "En la plaza", hicieron del mismo un preciado bien político y poético, sin que ello llegara a suponer minusvaloración, pienso, de otras aportaciones poéticas suyas, tales como la que supuso el espléndido libro *Sombra del paraíso*, publicado en plena postguerra, en 1944, un poemario que en la medida de sus fuerzas venía a convertir la victoria de Franco en sólo una victoria militar, pues arrastraba con grandísima calidad poética uno de los más importantes modelos de cultura literaria de preguerra que nutrió el republicanismo cultural en un tiempo en que todo era posible y se veía despejado el horizonte de una mayor cota de solidaridad y justicia entre los hombres que habitaban nuestro país.

En todo caso e independientemente de la decisión de **Aleixandre**, dejando a un lado estas significativas cuestiones y anécdotas, el poeta vasco se había ocupado ya de su poesía en diversos artículos -el primero data de 1948- y en algunos libros, a los que voy a referirme brevemente. Asimismo, en su faceta creadora, había llegado a publicar un libro transparentemente titulado *Cantata en Aleixandre* (Palma de Mallorca, Papeles de Son Armadans, 1959), una suerte de poesía dramática en la que, junto a los personajes poéticos colectivos de "Las Madres Primeras" y de "Los Otros", aparece treinta y siete veces un personaje llamado "El Poeta" en cuya verbal boca pone el autor, por lo general, extensos textos tomados literalmente de los distintos libros publicados por **Aleixandre**, lo que convierte a esta cantata en un libro ejemplar de uso intertextual y de comunicación-comunión poética. En pocas palabras, lo que pretendía **Celaya** con este libro era dar voz, a través de esos personajes poéticos, a los principios in-

destruibles que luchan en **Aleixandre**, adecuándose a su interna evolución. Pero no quiero detenerme ahora en consideraciones acerca de este libro que, por cierto, tuvo un significativo eco crítico en su momento, ni voy a insistir demasiado en algo que ya publiqué -concretamente en *Gabriel Celaya frente a la literatura española* (Sevilla, Alfar, 1987) y en *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (Granada, Universidad, 1989). De momento bastará con recordar sus títulos y ofrecer en todo caso los trazos maestros de las explicaciones críticas y valoración en los mismos contenidas, con idea de que el lector comprenda la serie de razones que hace que estos dos poetas se hallen positivamente encontrados. En "Veinte años de poesía (1927-1947)" (*Egán*, núm. 2, 1948), se refiere a la generación del 27, con la que mantuvo una actitud contradictoria de reconocimiento, defensa y crítica, valorando allí *La destrucción o el amor* como una obra extraordinaria y significativa. En "Notas para una *Cantata en Vicente Aleixandre*" (*Papeles de Son Armadans*, XXXII, 1958), en "Penúltimas noticias de Vicente Aleixandre" (*El Universal*, Caracas, 24/4/1962), artículo más circunstancial, y en *Castilla, a Cultural Reader*, manual escrito en colaboración y publicado en Nueva York, en 1970, Celaya afirma que la obra de **Aleixandre** es un canto a las fuerzas vitales, estando escrita en un estilo irracional con profusión de imágenes, si bien observa que a partir de *Sombra del paraíso* y especialmente de *Historia del corazón* su obra poética ha ido paulatinamente humanizándose, lo que explica la mayor presencia de aspectos vinculados a la vida cotidiana frente a las fuerzas vitales y universales que llenaban su primera obra poética. Por lo demás, considera que esta poesía, de tono noble y elevado, es resultado de una muy cuidada construcción. Por todo ello y por el magisterio ejercido sobre los jóvenes poetas españoles, acaba juzgando a **Aleixandre** como el único poeta válido y honrado del 27 que quedaba entonces en España.

Por su parte, **Aleixandre** comienza su "encuentro" recordando las circunstancias en que conoció al poeta donostiarra y efectuando una suerte de fino retrato literario, esto es, dando entrada a elementos de descripción puramente externos junto a otros internos -no se olvide el título de su encuentro: "Gabriel Celaya, dentro y fuera"-, denotando la paradójica coexistencia de un ser abierto y comunicativo, dado a

manos llenas, con un interior en penumbra sólo entrevisto a través de una mirada brillante. Ofrece después incluso un informado perfil biográfico y unas intuitivas notas bien fundadas de lo que en su día llamé la prehistoria literaria de **Celaya** para terminar esta parte de su aproximación al poeta señalando el momento en que éste vence su radical soledad situándose en mitad del mundo: "La fantasía -escribe- "se atenía", y en medio de la vida y de los hombres el poeta despertaba, se ponía en pie, miraba a los demás. Sí, **Gabriel Celaya**, también entre los demás". La segunda parte de este cordial encuentro tiene otro tono y proyección, por cuanto **Vicente Aleixandre**, apoyándose en los recuerdos puntuales de un paseo juntos, en los que se percibe su tan sensible como escrutadora mirada, subraya con sus palabras la estrecha comunicación en que entran mutuamente y valora la inmensa humanidad del poeta vasco con una hermosa hipérbola cuando escribe: "Los rayos finales de Poniente cogían la sombra de **Gabriel** y la tendían blandamente en el suelo. Y me dí cuenta de pronto de que lasombra del árbol, a su lado, tenía la misma longitud; quedaba, sencilla, a medida humana". Pero sus palabras no se agotan aquí. Resulta curioso observar cómo un poeta que apenas salía de su casa y, por razones de salud, pasaba largas horas en su cama, en soledad visitada, se complace en describir en un largo párrafo el hecho de hallarse inmerso junto a **Gabriel Celaya** y **Amparo Gastón** fundidos en un río de gente cualquiera que bulliciosamente llena las calles de la ciudad en una tarde de domingo y en destacar el íntimo sentimiento de solidaria comunicación no verbal establecido: "Pero la luz se acababa y emprendimos el regreso. Era un domingo y bajaba mucha gente de los altos de la Moncloa. Hombres, mujeres, niños (...) En la riada que ya casi era llevada en las ondas últimas de la luz, mezclados nosotros con todos, Amparito hablaba y empezó a cantar (...) Fundidos con aquel fluir marchamos un gran rato, hasta que en la orilla, en el borde de la casa, quedamos los tres. El cauce seguía ondas abajo y se oía allá lejos todavía, como un comunión, el fragor. Gabriel se había vuelto. Me pareció oír algo. "¿Qué?", exclamé. No dijo nada, pero yo lo oí muy claro, o quizás las letras aparecieron sobre la frente. Aquel clamor a lo lejos se había extinguido; un gran silencio comunicador parecía habele heredado, habernos rodeado".

Después de esta cita, después de esta escrita lección de solidaridad colectiva con el hombre cualquiera, los lectores de estos poetas tenemos más elementos de comprensión de la autenticidad originaria de sus voces, de cuán estrechamente convergen en los mismos los círculos de lo que se dice y se hace. Por eso, el hecho de que fuera Celaya quien en un artículo titulado "El Arte como lenguaje" (*Gaviota*, mayo, 1949), extracto de una conferencia dada poco tiempo antes, luego editada completa bajo el mismo título en 1951, quien primero hablara de la idea de la poesía como comunicación frente a **Vicente Aleixandre** quien lo hiciera en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, titulado *Vida del poeta: el amor y la poesía*, en 1950, carece de toda relevancia, pues lo que realmente importa es el punto en que ambos convergen y el río de la vida poética que sus palabras nutren. En este sentido, son dos poetas realmente encontrados en el espejo de los hombres a quienes brindan su palabra creadora... y unidos en la conciencia de pertenencia telúrica y de proyección humana. Son dos poetas encontrados, en efecto, dos poetas de voz genuina, tan a la postre diferentes como en el fondo iguales, humanamente iguales. Esto explica que **Celaya** tome de **Aleixandre** numerosos intertextos, invocándolos e identificándose con ellos, y que **Aleixandre** termine su "encuentro" con un intertexto de **Celaya**, un intertexto que rubrica unas vidas, en lo biológico extinguidas y en lo poético muy vivas todavía, cuando Aleixandre afirma con una negación una actitud poética y vital solidarias al decir con **Celaya**: "No seamos poetas que aúllan como perros solitarios en la noche del crimen". ■